

## El Escorial hace a Herrera

*–Hemos celebrado en el 97 el cuarto centenario de la muerte de Juan de Herrera y, dentro de unos meses, lo haremos con el de Felipe II. Yo recuerdo ahora que la última lección que dio usted como catedrático de «Historia de la Arquitectura», a la que –como alumno– tuve la suerte de asistir, versó sobre el proceso proyectivo del monasterio de El Escorial. Allí dijo que hay arquitectos que dan su sello a una obra y –por el contrario– hay obras que forman al arquitecto, y que, aunque ello pudiera escandalizar a alguien, El Escorial es el prototipo de la obra que ha llegado a hacer al arquitecto. ¿Qué le gustaría apuntar acerca de este fenomenal binomio entre promotor y arquitecto: Felipe II-Juan de Herrera?*

–El Escorial es un caso clarísimo de esto: El Escorial hace a Herrera. Y entre ese trípode de Felipe II, Herrera y la obra misma...

*–... el carácter de la propia obra...*

–Sí, de ese trípode es de donde nace El Escorial y de donde nacerá luego esa revolución arquitectónica que se produce cuando ya se acaba el plateresco y el Renacimiento más florido, y se va a un Renacimiento de carácter más académico y más filosófico. Eso es absolutamente cierto; y esa lección de mi jubilación aparece en el libro que publiqué *El Escorial, piedra profética*, que quizá tú conozcas...

*–Sí, y se publicó también en la revista Arquitectura.*

–La obra de El Escorial fue ella misma creando su propio estilo. ¿De dónde nace el estilo de El Escorial? Pues nace de la obra misma; por ejemplo, esa enorme fachada del Jardín de los Frailes no se hubiera nunca podido concebir, con los cientos de ventanas, si cada ventana hubiera llevado una decoración plateresca (hubiera sido insufrible, estomagante, verdaderamente desagradable); y, en cambio, esa serenidad, esa limpieza, esa sencillez que da el hueco simple, como un agujero en el muro, eso es la creación fenomenal de esa sorprendente fachada, que surge porque la obra lo exigía.

## Soy muy partidario de eso que es la calle

*–Usted ha estudiado largamente la forma y la historia de las ciudades; no hace falta recordarlo aquí; pero sí quisiera destacar su hondo conocimiento de algo tan importante –y que, sin embargo, no parece recibir la suficiente atención– como es la vida de la ciudad. Esa vida –ese modo de ser vivida la ciudad– está sufriendo una galopante transformación en nuestros días: ¿por dónde cree usted –ya sé que la pregunta es imposible– que va la ciudad contemporánea?*

–Bueno, yo esta pregunta la veo muy difícil de contestar; una pregunta que a veces me han hecho los periodistas, en una forma corriente y vulgar, sobre Madrid. por ejemplo: «¿Cómo ve usted el Madrid del futuro?, ¿mejor que el Madrid de hoy?»; yo les digo: «¡No!, yo lo veo desgraciadamente peor, ¡desgraciadamente peor!». Pero, en fin, aparte de eso, que es una especie de salida un poco periodística, a mí me preocupa mucho. Ahora voy a publicar, seguramente, un libro sobre Madrid, un libro un poco diverso, donde hay también literatura.

*–Le he de confesar, don Fernando, que yo descubrí Madrid siendo bastante joven de la mano de su Semblante de Madrid que me reveló la ciudad, su historia, su estructura, su dinámica, esa vida a la cual usted se refería.*

–A mí *El Semblante*, realmente, es un libro que, aunque me esté mal el decirlo, me satisface; creo que es un libro que en su esfera representa algo que valía la pena decir. Pero ahora voy a escribir otro libro sobre Madrid, más –no sé cómo explicar–, más diverso, más extraño, hablando un poco de aspectos muy de la calle, de la gente.

*–Me parece de lo más oportuno. En estos últimos años estamos viendo un llamativo cambio en el paisaje de Madrid en aspectos como la calle, el espacio público, el uso que hace el ciudadano, etc.*

–En materia urbana soy muy partidario de eso que es la calle, que deshielo Le Corbusier: Le Corbusier condenó la calle como uno de los errores más grandes que había cometido el urbanismo a través de la historia, esos corredores estrechos –*la rue corridor*, como los llama–; él creó el bloque aislado entre jardines, la *ville radieuse*, y toda esta teoría. Bueno, pues todo esto es una cosa que ha convertido la calle en algo pecaminoso para muchos arquitectos; yo he asistido a esos momentos en que la calle se condenaba por sí misma, y yo la he visto resucitar. La calle es un elemento indispensable de la ciudad y es la que genera la convivencia humana, el comercio, la vida, la relación: múltiples cosas nacen de la calle. La calle ya no tiene hoy el significado que tenía hace cincuenta años u ochenta años, no tiene esa fuerza y esa vivencia.

*–Acerca de la calle ha escrito usted mucho; del espacio social que es la calle: la posibilidad de relación, del encuentro casual, del saludo...*

–Sí, de todo eso; y yo creo que, sin que llegue a tener esa vigencia, va a ser recuperable. En Madrid se ha hecho una cosa que está bien –que yo considero que está bien–, que es la rehabilitación de los edificios del siglo XIX, todo este barrio donde estamos; a mí me encantan estas calles: la calle Argensola, la calle Fernando VI, la calle Bárbara de Braganza.

–*Son magníficas, ya lo creo y representan muy bien esa altísima calidad media –como continuo urbano– que se consiguió en el siglo pasado.*

–Son unas calles que tienen una armonía y los arquitectos del siglo XIX fueron no genios, pero fueron una gente con una naturalidad, con una concepción de la ciudad que no hemos logrado luego los demás: la Puerta del Sol misma, tan criticada, es una creación del siglo XIX verdaderamente muy digna de apreciar.

Bueno, pues todo esto de la ciudad a mí siempre me ha interesado. Claro, en Madrid ya se ha producido un cambio, un giro, entre la ciudad –que no diríamos ni mucho menos de los Austrias, ni tan histórica–, pero, en fin, la ciudad del XIX, este Madrid del plano de Ibáñez Ibero, este Madrid que es el del *Semblante de Madrid*, de los bivios –que hay tanto bivio en Madrid–, el del Madrid caminero –que todo esto son caminos–, este Madrid tiene un sentido; pero ahora, claro, ahora ya viene el nuevo Madrid y en el nuevo Madrid ya no hay calles.

–*Parece difícil recuperar esa razón de ser de la calle, para ser andada y vivida...*

–Sí, es muy difícil. Además, la calle es un elemento de localización: yo voy a ver a un señor que me dice que vive en la calle Velázquez 47 y sé dónde vive. Pero si me dice en el bloque tal, del barrio tal, de la conurbación, no se sabe qué significa; pues hasta en ese aspecto ha perdido la calle la vigencia que tenía de localización. Y ahora en ese libro de Madrid, uno de los temas que también voy a tratar es «¿Dónde viven los madrileños?». Claro, parece una perogrullada: ¡viven en Madrid!; pero ¿dónde, cómo y en qué forma viven los madrileños? Pues es una cosa que voy a analizar porque muchos madrileños ya no viven en Madrid ¿Dónde viven?: pues esa pregunta la voy a tratar yo de responder, por lo menos aproximadamente.

–*Apuntaba antes lo determinante que fue Le Corbusier para el nuevo entendimiento de la ciudad: ¿cree que la influencia de Le Corbusier se ha dado más en el urbanismo que en la arquitectura?*

–Donde ha influido tremendamente es en el urbanismo, aunque no se haya logrado la gran utopía de Le Corbusier de la *Ville Radieuse*, del plan *Voisin* (la locura aquella que se le ocurrió de hacer desaparecer todo París, algo de loco genial, no cabe duda). Donde realmente ha prendido la influencia de Le Corbusier es en el urbanismo; en la arquitectura ha estado primero dentro de la corriente del maquinismo, del racionalismo, luego él abdica de sí mismo con la capilla de Ronchamp y se va por otros derroteros, y es una influencia indudable, pero no equivalente a la que ha tenido y sigue teniendo en el urbanismo, porque todavía seguimos con los bloquecitos.

## Aquí el derribar nos encanta

*–Hablando de la ciudad, y en lo que a conservación del patrimonio urbano toca, recuerdo un libro que publicó en los 70, La destrucción del legado urbanístico español. Ahí pasaba revista a todas las capitales de provincia, diagnosticando el estado de salud de su patrimonio y llegando, incluso, a puntuarlas del 1 al 10 en función de su deterioro. Con la suficiente perspectiva de estos veinte años –que, además, son muy significativos porque corresponden, tras el cambio político, a un nuevo período de la historia de España–, ¿cómo ve hoy el proceso de destrucción de ese legado?*

*–Yo creo que esa destrucción sigue siendo vigente; lo que se destruyó, destruido queda. Ha habido movimientos de reacción, como el que recordaba antes de rehabilitación de las casas conservando las fachadas, lo que ha pasado en este barrio, que es un movimiento positivo hacia una restauración; pero ahora tendría yo que hacer –y ya me van quedando muy pocas posibilidades de hacer cosas–, una revisión del libro. En el año 2000 podríamos coger el libro y ver: esta ciudad ha mejorado, ésta ha empeorado, etc. No me atrevo yo a improvisarlo ahora en esta charla; pero podría hacerse o podría yo decir a alguno de mis amigos más directos y colaboradores que hicieran esa labor: vamos a analizar este libro veinte años después de publicado. Es un libro que al principio cayó en la indiferencia más absoluta, creo yo, y luego ha ido poco a poco cuajando.*

*–Usted sostiene el principio (en ese libro, por ejemplo, lo refleja) de que las ciudades son a la vez una realidad muy fuerte y una realidad muy delicada, donde no se puede intervenir con improvisaciones. ¿Le parece muy arriesgado conjeturar que buena parte de las intervenciones que estamos viendo, en este momento, en muchas ciudades españolas, tiene más –olvidando aquel principio– de improvisación que de reflexión serena y ajustada a términos razonables?*

*–Sí, evidentemente, tienen mucho no sólo de improvisación, sino de *épa-ter le bourgeois*, de hacerse notoria, de ostentación. No es que sean solamente –que de hecho lo son– impremeditadas, luego intervienen también los factores políticos...*

*–... con sus inevitables prisas de rentabilidad inmediata...*

*–... de rentabilidad, sí; y luego los factores económicos. A mí, como arquitecto de la Almudena, me había fastidiado mucho el túnel que ha hecho el arquitecto Miguel Oriol, porque la rampa desemboca casi en el cruce de la catedral.*

*–En lo que concierne a la voluntad política: usted se ha referido, muchas veces, al papel que debe tener la arquitectura pública en la construcción de*